Notas sobre las concepciones populistas-liberales de Duarte y la Independencia Dominicana¹

Raymundo Manuel González de Peña²

He querido compartir con ustedes esta noche algunas notas de investigación —las cuales he venido haciendo al margen desde hace algún tiempo— en torno a las ideas populistas que animaron la concepción de la independencia dominicana en Juan Pablo Duarte y los trinitarios. Se trata de un punto muy limitado en el conjunto de la obra duartiana, pero que nos permite comprender uno de los aspectos más llamativos y originales de su pensamiento. Por esto trataré de situar esta pequeña contribución en el contexto más amplio de las interpretaciones del proceso histórico dominicano en la primera mitad del siglo XIX. Argumentaré que el pensamiento de Duarte, como ya lo han señalado varios autores, es de filiación romántica y liberal-revolucionaria, para subrayar además su carácter populista, que es un aspecto menos conocido.

- Charla con motivo del 164º aniversario de la Independencia Nacional, leída en el Ateneo Amantes de la Luz de Santiago de los Caballeros, el 20 de febrero de 2008.
- Miembro de número y vocal de la Junta Directiva de la Academia Dominicana de la Historia.

Existe una visión muy socorrida que retoma a "los poetas que lloraron en quejumbrosos versos la cesión de la parte española de la Isla a Francia", como antecedentes de la independencia de 1844.

De acuerdo con esa visión desde fines del siglo XVIII e inicios del XIX la antigua parte española de Santo Domingo ya se debatía en una crucial incertidumbre.⁴ Si lo dijéramos en términos actuales, tendríamos que decir que el conglomerado dominicano atravesaba por una crisis de identidad. La "célebre y popular quintilla (por ser una estrofa de cinco versos) del padre Vázquez", cura de San Rafael y Dajabón, pueblos de la frontera norte del país, la expresaba con los versos más elocuentes:

"Ayer español nací, A la tarde fuí francés, A la noche etiope fuí, Hoy dicen que soy inglés: ¡No sé que será de mí!" 5

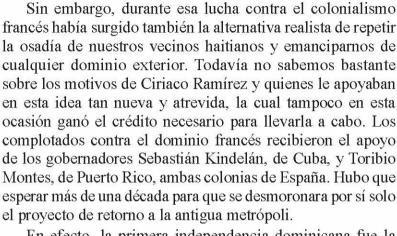
La visión del padre Vázquez, a caso hecho, expresa una visión criolla, nostálgica del pasado, que no trasciende el orden

- 3. Emilio Rodríguez Demorizi. *Poesía popular dominicana*, 2da. ed., Santiago, UCMM, 1973, p. 17.
- 4. El historiador Franklin Franco en su libro Los negros, los mulatos y la nación dominicana (8ª ed., Santo Domingo, Editora Nacional, 1989), dio una interpretación alternativa donde hace depender esta incertidumbre de las conquistas revolucionarias de la colonia occidental de la isla, las cuales pusieron en jaque el dominio de la "burguesía colonial en germen" (p.74).
- 5. Ibídem.



colonial. Acerquémonos a sus versos: Aunque el origen hispano -"ayer español naci" - delata la herencia criolla, los habitantes y dueños originales de la isla, están ausentes; "español naci", representa una omisión deliberada que suprime o recorta todo el aporte de los autóctonos habitantes de la Isla. Se podría aducir que la expresión está hecha en términos de nación, pero no disminuye con eso la falta. En cambio, los negros africanos que fueron traídos por la fuerza para servir a los españoles y criollos esclavistas, aparecen mencionados - "a la noche etiope fui"- subsumidos entre las dominaciones de las naciones francesa e inglesa. Fue bajo el dominio francés durante el período revolucionario, que en la colonia vecina se dio inicio a la Revolución Haitiana que culminó con el establecimiento de la primera república negra del mundo y el segundo estado independiente del orbe colombino. Rechaza el dominio francés, entonces revolucionario, sin monarca. Igualmente recusa el dominio inglés, aliado de España contra Francia. Finalmente, se cruza de brazos frente al destino incierto: "No sé qué será de mí". El futuro no le interesa propiamente: más bien, el orden colonial dislocado por dominios sucesivos es lo que atribula al padre Vásquez.

Con la derrota del dominio francés y el restablecimiento del dominio español en 1809, bajo el mando del criollo Juan Sánchez Ramírez, quedó satisfecha la inquietud planteada por la famosa quintilla del padre Vásquez que recorrió la parte española de la isla. Recordemos que nuestros libros de texto nos han mostrado comúnmente aquella quintilla como si se tratara de una proclama de inspiración nacionalista, cuando no es cierto, pues, como hemos visto, dificilmente puede ella desprenderse de su marco estrictamente colonial.



En efecto, la primera independencia dominicana fue la de José Núñez de Cáceres en diciembre de 1821, cuando la burocracia colonial criolla se rebeló inconforme con el gobierno metropolitano. Se acomodaba ya este grupo social a los procesos de emancipación que tomaban cuerpo en el continente hispanoamericano, sumándose al proyecto de la Gran Colombia. Fue precisamente una coyuntura animada por el movimiento continental de ruptura de las relaciones coloniales que desencadenó el proceso de las independencias hispanoamericanas, cuyas razones se encuentran resumidas en la famosa Carta de Jamaica (1815) escrita por Simón Bolívar.

Proclamó entonces Núñez de Cáceres la República de Haití Español, aunque sin realizar cambios de ninguna especie en las condiciones sociales de la población y en particular de la mayoría negra y mulata, pues pese a haber él mismo manumitido a sus siervos, no hizo lo mismo con los esclavos que constituían una parte significativa del capital de los hacendados y la burocracia colonial, sectores estos últimos en los cuales buscó sin resultado el sustento social para su proyecto. En consecuencia, tal conato se vio pronto

frustrado y, en cambio, se impuso en ambas excolonias de la isla, el prestigio y la pujanza política del lugarteniente de Pétion, Jean Pierre Boyer, presidente de la república haitiana recién unificada y pacificada, factores ambos que facilitaron la anexión de la antigua colonia española ("Parte del Este") a la república de los ex-esclavos. Éstos fueron consecuentes con sus congéneres, puesto que de inmediato proclamaron la libertad de los esclavos, poniendo fin por segunda vez en la parte española a esa inicua institución social.

A Juan Pablo Duarte debemos la idea de pueblo-nación que galvanizó en la conciencia social el proyecto nacional en torno a un objetivo supremo: la independencia de todo dominio extranjero. Ese pueblo-nación era intrínsecamente el soberano, por definición no podía estar supeditado a ningún otro poder. Esta era una idea propia del romanticismo revolucionario, que validaba toda existencia original e histórica. Fue también el sueño de un grupo de jóvenes (como la mayoría de los que están hoy aquí presentes) que hizo suya esta idea de su tiempo y se lanzó a conquistarla. Es, sobre todo, en el pensamiento de Duarte y los trinitarios, donde encontramos al pueblo dominicano, entendido como conglomerado de los diferentes sectores sociales que conviven en un territorio y comparten una historia, una lengua y una cultura, todo lo cual daba cohesión y sentido a la convivencia.

Estaban convencidos que los dominicanos formábamos un pueblo, una comunidad moral, cuyo destino debía ser labrado por sí mismo, para alcanzar la felicidad de los dominicanos. Por eso lo conseguido a través de la unión con Haití no se iba a echar por la borda, como tampoco lo aprendido de los españoles o lo heredado de los indígenas. Al contrario este pensamiento suponía guardar y desarrollar los derechos que el gobierno republicano haitiano había conseguido para una porción

significativa de los sectores no privilegiados de la sociedad colonial. El compromiso con la Libertad era tan fuerte como el lazo que unía este proyecto a Dios y a la Patria. Por ello, una de las claves de la noción nacional duartiana lo constituye el principio de "la unidad de razas", 6 como quedó patente en sus actuaciones públicas y en diversos escritos, incluyendo el emblemático proyecto constitucional.

Es curioso, pero la visión duartiana del pueblo dominicano y su destino también se halla expresada en versos, en una octavilla (que también era del gusto de la época) con la que finaliza la composición que tituló *El Criollo*. Cuando comparamos ambas composiciones, parece la última haber sido escrita como el reverso de la quintilla del padre Vásquez. Leamos ahora la estrofa de Duarte:

"Los blancos, morenos, Cobrizos, Cruzados, Marchando serenos, Unidos y osados, La patria salvemos De Viles tiranos, Y al mundo mostremos Que somos hermanos"

- 6. Al respecto, véase el estudio fundamental de Vetilio Alfau Durán. "En torno a Duarte y su idea de unidad de razas". En Arístides Incháustegui y Blanca Delgado Malagón (compiladores): Vetilio Alfau Durán en Clío. Escritos (II). Santo Domingo, Gobierno Dominicano, 1994, pp. 3-21, (Publicaciones del Sesquicentenario de la Independencia Nacional II).
- 7. Apuntes de Rosa Duarte. Archivo y versos de Juan Pablo Duarte, edición y notas de E. Rodríguez Demorizi, C. Larrazábal Blanco y V. Alfau Durán. Santo Domingo, SEEBAC, 1994, p.307.



Volvamos a mirar, antes de nada, la quintilla del padre Vásquez. En ella aparecen en secuencia las diferentes dominaciones coloniales de España, Francia e Inglaterra, así también la referencia a la etíope o negra se asimila a otra dominación. Pero también, la separación de las costumbres de unas y otras, pese a que las tres potencias europeas mencionadas tienen población blanca mayoritaria. La lectura de la quintilla nos induce a separar, nos da yuxtaposiciones sucesivas, o a lo sumo competencia entre un dominio y otro. En esta separación se basó el dominio de la ideología colonial. Ahí reside la fuerza de las imágenes en la quintilla del padre Vásquez. Ya dijimos que el sentimiento que despierta es de nostalgia por el pasado colonial hispano.

En cambio, las imágenes de Duarte parten de la articulación, de la mezcla, de la unidad de lo diferente, la cocción criolla, de la unión popular. No es cualquier diferencia, sino muy significativa: se sabe hoy y se conocía entonces que "los blancos" han sido los dominadores, "los morenos" han sido esclavizados por la fuerza, y "los Cobrizos" representan al indígena y al mestizo igualmente esclavizados y explotados, "los Cruzados" se refiere a los mulatos, también despreciados por los blancos, y que rechazan no pocas veces a negros e indígenas.

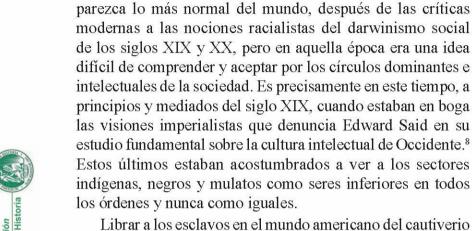
Pero ese subrayado unitario, que es a la vez punto de partida y de llegada, marca la diferencia de talante con el pensamiento colonialista. Para Duarte está claro que hay diferencias entre unos y otros: "los blancos, morenos, / Cobrizos, Cruzados", la enumeración misma las denota, pero este reconocimiento no es óbice para la existencia de una comunidad de todos; de ahí que continúe en gerundio: "marchando serenos", pues se trata de que en ese mismo momento están yendo juntos en

un recorrido decidido, razonado, acordado, de ahí que vayan serenos, no hay tumultos ni sobresaltos en esta marcha, sino tranquilidad, paciencia. Hay algo que permite a este conjunto tan diverso ir marchando serenamente en la construcción de su destino, ese algo es el propósito que los une.

Es tal vez el siguiente verso que recalca el carácter de esta marcha: "Unidos y osados"; ciertamente es un atrevimiento esta marcha de tantos factores disímiles unidos. Dicho subrayado de la unidad articulado a la osadía de este caminar con un propósito se contrapone al cruzarse de brazos que resultaba de la postura del padre Vásquez. Aquí la unidad de la marcha serena se sabe algo nuevo, algo inédito, no intentado antes, de ahí su osadía, su atrevimiento. Pero no se trata sólo de mostrarse v expresarse juntos v atrevidos, como algo insólito, sino de tener un propósito común que es el que nos descubre en los siguientes versos: "La patria salvemos / de Viles tiranos"; la intencionalidad de la marcha se pone ahora de manifiesto: se trata de salvar la patria de los viles tiranos. La patria, el suelo vital y la comunidad moral, amenazada por la falta de virtud; es la honestidad contra la vileza, contra todo lo que representa el vicio, el abuso, la inhumanidad.

Al final los versos de Duarte sacan toda su fuerza de este subrayado humanista: "Y al mundo mostremos / Que somos hermanos". Los ojos atónitos del mundo debían mirar el espectáculo de un pueblo-nación diverso y unido, hasta ayer separado por odios colonialistas, luchando hermanado por ser virtuoso y digno, confiado en su porvenir. Duarte despierta un sentimiento profundamente humano que se refuerza con sus imágenes cargadas de esperanza en el futuro, basadas en el concierto real que proporciona la experiencia histórica del pueblo dominicano.

Puede que desde la perspectiva del presente el planteamiento antirracista que se desprende de la visión duartiana, nos



Librar a los esclavos en el mundo americano del cautiverio al que habían sido sometidos por más de tres siglos era a lo sumo un deber de justicia, ya que la libertad es el bien más preciado del ser humano, pero no más. Incluso esto último debió conquistarse poco a poco, con la participación directa en las luchas por la independencia, y aun así siempre quedó el estigma de su inferioridad alimentado muchas veces por la ideología del progreso, esa creencia que se adueñó del pensamiento de la mano del cientificismo del siglo XIX que creyó en el progreso constante e indefinido por medio de la ciencia y la técnica.

Volviendo a Duarte y su esbozo de constitución, como nos cuenta su hermana Rosa, él llegó a rasgar enfurecido este proyecto tras una discusión con sus colaboradores, al parecer no totalmente convencidos de este principio:

 Véase: Edward Said. Orientalismo. 3ª ed., trad. María Luisa Fuentes. Madrid, Ed. De Bolsillo, 2004.



"...casi todos eran muy jóvenes los que reunidos el año 1838, el 16 de Julio, a las once de la mañana a los sacrosantos nombres de: Dios, Patria y Libertad, República Dominicana; se proclamaron en Nación Libre e independiente de toda dominación, protectorado, intervención e influencia extranjera, jurando, libertad la patria o morir en la demanda, declarando además, que todo el que contrariare de cualquier modo los principios fundamental de nuestra institución política se coloca ipso facto y por sí mismo fuera de la Ley, que la Ley no reconocería más nobleza que la de la virtud, ni más vileza que la del vicio, ni más aristocracia que la del talento, quedando para siempre abolida la aristocracia de sangre como contraria a la unidad de la raza, que es uno de los grandes principios fundamentales de nuestra asociación política (combatido y desaprobado acaloradamente este gran principio fundamental de nuestras institución, J[uan] P[ablo] en un rapto de irritabilidad hizo pedazos la Constitución que estaba escribiendo. Afortunadamente vo recogi lo más esencial) digo lo más esencial por que para levantar el acta de nuestra independencia nacional, creo que los demás principios fundamentales aunque de sumo interés son secundarios y en vista de los que se han salvado, su falta no es tan lamentable".9

No creo que después de estas palabras de Rosa Duarte se pueda dudar del propósito de Duarte de colocar su tesis de la unidad de razas como principio constitucional. Creo que en esto hay que ver el carácter revolucionario y romántico de su pensamiento, por cuanto trataba de expresar las peculiaridades propias de la conformación nacional dominicana y ponerlas

9. Apuntes de Rosa Duarte, p.153.



en su Constitución Política. Pero también su carácter popular. Para él, tal principio está a la base de la configuración de la nación dominicana como la patria de todos sus habitantes, constituidos en ciudadanos y ciudadanas jurídicamente iguales y con posibilidades abiertas para el desempeño de profesiones y artes. Su concepción novedosa del pueblo-nación fue uno de los grandes aciertos de Duarte. Esta idea, sin embargo no era compartida por los sectores que habían gozado de una posición privilegiada en la época colonial. Estos últimos fueron los sectores responsables de la disolución de los trinitarios y del destierro perpetuo de Duarte y su familia. La concepción de Duarte no caló entonces en la conciencia pública dominicana, sino que tuvo que esperar otro momento.

II

Podría parecer ocioso insistir sobre el romanticismo de Duarte. Como bien lo ha mostrado Emilio Rodríguez Demorizi, 10 el movimiento romático fue una expresión política y no sólo literaria. Este es uno de los componentes de la ideología revolucionaria de Juan Pablo Duarte junto al liberalismo y el republicanismo como lo han mostrado, por su parte, Juan Isidro Jimenes Grullón. 11 No obstante, debemos subrayar el carácter populista de su liberalismo.

Lo que hasta ahora hemos considerado en torno a la idea de pueblo en el pensamiento de Duarte se ve reforzado también

^{10.} E. Rodríguez Demorizi. *Duarte romántico*. Santo Domingo, Instituto Duartiano, 1969.

J. I. Jimenes Grullón. "La ideología revolucionaria de Juan Pablo Duarte". En VV.AA., *Duarte y la Independencia Nacional*, Santo Domingo, INTEC, 1975.

desde otro punto de vista. Este se refiere al auge que tenían en España precisamente en los años de las décadas de los 20 y 30 del siglo XIX, las doctrinas liberales y populistas.

Quisiera ponderar brevemente algunos señalamientos que por notorios no dejan de venir al caso:

El planteamiento de Duarte y los trinitarios acerca de la independencia absoluta, sin disminuciones ni recortes de ninguna especie. Pese a que quisieron ponerlo en ridículo sus opositores, este planteamiento estaba llamado a prevalecer, como prevaleció, porque estaba animado de un profundo espíritu humanista y generoso, pero sobre todo de realismo político.

Debemos decir: generoso y desprendido. En sus *Apuntes* Rosa Duarte se refiere a Juan Pablo hablándoles a su madre y a la familia para que no se preocupen porque luego de que triunfe la causa de la independencia tendrá tiempo para volver a los negocios, cuya capacidad para ello no había perdido, como oficio que aprendió desde muy joven¹². Pero aquí, otra vez, lo más importante es cómo los intereses patrióticos se anteponen, incluso a la seguridad de la familia, que sin dudas pasó muchos trabajos y descendió del nivel de vida holgado que le había proporcionado su padre, ya muerto (marzo de 1843). Además, es un doble desprendimiento, ya que Duarte no pasó factura, ni mucho menos hay que ver en las expresiones copiadas por su hermana un intento futuro de hacerlo; ciertamente, lo pudo hacer en los meses siguientes al triunfo de la causa, cuando fue

12. De acuerdo con los registros de embarque de 1829 en los Estados Unidos, localizados por la Lic. Clara Ayala-Duarte, el joven Juan Pablo Duarte iba consignado como clerk del comerciante Pablo Pujols. Clerk era el oficio reservado al que lleva los libros de cuentas de comercio. recibido como jefe de la revolución independentista, con las aclamaciones de "Padre de la Patria" y hasta de "Presidente de la República".

Por otra parte, la formación del planteamiento referido sobre el pueblo y sus fuentes locales, tal como lo hemos visto, son difíciles de rastrear, pero no imposibles de establecer. Cuando lo vemos más claramente es en el último tercio del siglo XIX, desde la Restauración, como lo han mostrado Espaillat y Bonó, o más tarde en la oposición a la anexión a los Estados Unidos intentada por Báez, o cuando José Martí en sus *Apuntes de un viaje* nos retrata el perfil moral del campesino-revolucionario-patriota en páginas que no debemos olvidar nunca. En los escritos de Bonó en que aparece el pueblo dominicano como trabajador y luchador vigoroso por la libertad y la independencia, aunque todavía falto de penetración de los austeros deberes para cumplimentar la democracia política.

En el caso de Duarte, por desgracia, tenemos muy pocos escritos suyos que nos transmitan esta toma de contacto cotidiano con el pueblo, aunque sí sabemos que actuó como agrimensor en la zona de Los Llanos y probablemente otros lugares del Este y el Cibao. Pero, aun sin contar con ese dato, podemos decir que nace de un sentimiento particular, en el significado propio del romanticismo, que estuvo a la base del amor creciente al sentido de libertad que el grueso de la población comenzó a experimentar desde el siglo XIX.

También los ensayos citados sobre el principio de la "unidad de las razas" de Duarte por Vetillo Alfau Durán y por el profesor Franklin Franco, han abundado en el estudio de las tendencias originales del pensamiento duartiano por contraste con las ideologías dieciochescas del criollismo borbónico y positivista del siglo XIX. Duarte ha sabido capturar

la originalidad de la situación dominicana de mezcla racial y sentido de comunidad moral, no de una vez por todas, sino como proceso de maduración de su idea de pueblo. En tal sentido, este debió ser una de sus preocupaciones y, por tanto, debió formar parte de sus meditaciones por largo tiempo. Tal es lo que reflejan sus versos *El Criollo*, citados más arriba.

Una fuente a considerar, por ser crucial en el período de formación en España, –con la cual se confirma lo que ya hemos visto a través de los versos sobre la tesis de la "unidad de razas" y las referencias al pueblo en el proyecto constitucional de Duarte– es, la influencia de los populismos doctrinarios suarezianos vigentes en España y América. El profesor Manuel Giménez Fernández ha planteado ya hace bastante tiempo la tesis de que:

"la base doctrinal general y común de la insurgencia americana, salvo ciertos aditamentos de influencia localizada, la suministró ... la doctrina suareziana de la soberanía popular, tendencia —perfectamente ortodoxa dentro de su inflexión voluntarista— de la teoría aquiniana del Poder Civil, que exige (al contrario de la heterodoxia pactista) una coyuntura existencial, para que revierta al común del pueblo la soberanía constitucionalmente entregada a sus órganos legítimos." 13

No obstante, esta ortodoxia liberal y populista tiene un signo muy distinto al pensamiento conservador ortodoxo que le ha sido imputado a Duarte desde cierta perspectiva historiográfica. Todavía a inicios del siglo XIX era patente, según Gimenes Fernández: "la persistencia de la concepción populista frente

Manuel Gimenes Fernández. "Las doctrinas populistas en la independencia de América". En *Anuario de Estudios Americanos*, Vol. III, Sevilla, 1946, p. 521.

al absolutismo oficial". Refiriéndose a la metrópoli española, tras la reacción conservadora que siguió a Bayona (1808) que entronizó de nuevo el absolutismo (1820), triunfó el liberalismo anticlerical (1820) de las doctrinas populistas; se formaron dos síntesis doctrinales: una fidelista y otra republicana, la última triunfó políticamente. Ésta última es la que precisamente reivindica Duarte con sus planteamientos.

Ш

Para finalizar, resumo a modo de conclusión:

Como hemos tratado de mostrar brevemente, los movimientos y tendencias del pensamiento europeo y americano que han influido en la formación del pensamiento duartiano, como el liberalismo-revolucionario, el romanticismo (ambos estudiados previamente por diversos autores) y el populismo-liberal de origen suareciano en auge a principios del siglo XIX en España (menos estudiado), tienen carácter moderno. Responden a movimientos intelectuales que fueron coetáneos a Duarte, los cuales asimiló como parte de la sensibilidad de su época, expresándose sobre temas y en formas que le eran contemporáneas. Pero también con esas aportanciones creó elaboraciones propias como fue su concepto del pueblo dominicano que no le abandona en ningún momento. Su concepción, por tanto, no sólo fue nacionalista y liberal, sino popular y revolucionaria.

Contrario a la visión de quienes ven en Duarte un conservador de la hispanidad de rasgos coloniales, como en la tesis de Peña Batlle sobre el sentido de "introspección social" de nuestra independencia de 1844, el Padre de la Patria se muestra cada vez en clara y decisiva ruptura con cualquier noción colonial del pueblo dominicano, forzosamente basada en la separación de razas y subordinación al patriciado blanco. Opuso a esa vieja noción una visión nueva de unidad y cooperación que conceptuó en el marco del populismo liberal y romántico de su época. Tal concepto se mostró revolucionario, particularmente en su idea del pueblo –nación fundada en el principio de "la unidad de razas", que para Duarte debió convertirse en un principio constitucional de la República Dominicana.

